

ALBERTO MUSSA

El misterio de la Casa de los Trueques



El misterio de la Casa de los Trueques

COLECCIÓN
LITERADURA

Alberto Mussa

El misterio de la Casa de los Trueques

Traducción de Marina Alonso



Primera edición: febrero de 2015

Título original: *O senhor do lado esquerdo* (2011)

El editor agradece a The Ella Sher Literary Agency por su intermediación

© Alberto Mussa, 2011, 2015

© de la traducción: Marina Alonso, 2015

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2015
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-943026-7-1

Dep. Legal: M-2620-2015

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Museo del Primer Reinado*, Río de Janeiro

Producción gráfica: Artes Gráficas Cofás

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Nota de la traductora

En la traducción se han mantenido en *brasileño* aquellos términos sin equivalencia directa, generalmente relacionados con diversos aspectos de la cultura brasileña (*candomblé*, folclore, cultos religiosos, etc.), para así conservar el color local del texto original. Dichos términos aparecen marcados en cursiva y cuentan, por lo general, con una definición a pie de página; la mayor parte de las definiciones se encuentran asimismo recopiladas en un glosario al final de la novela.

El misterio de la Casa de los Trueques

*Esta historia trata sobre quien
primero mata y después baila.
¡Cuidado! El auténtico cazador
es el que seduce a su presa.*

NO ES LA GEOGRAFÍA, NI LA ARQUITECTURA, ni los héroes o las batallas, ni mucho menos las crónicas de costumbres o las imágenes nacidas de la imaginación de los poetas lo que definen a una ciudad, sino la historia de sus crímenes.

No me refiero, por supuesto, a delitos corrientes. Criminales anodinos, previsibles y triviales los hallamos en cualquier lugar del mundo. Hablo de esos crímenes fundacionales, de esos crímenes necesarios que solo podrían haberse concebido y cometido en la ciudad a la que pertenecen.

Llegué a esta conclusión gracias al Congreso Permanente sobre Teoría y Arte de la Narrativa Policiaca auspiciado por la Unesco, con sede en Londres y financiado por Scotland Yard.

Formé parte de la Cuarta Sección, cuya labor consistía en estudiar la crónica criminal de las grandes capitales

del mundo y recopilar ejemplos de «crímenes perfectos» que hubieran ocurrido realmente pero cuya naturaleza los equiparara a sus equivalentes literarios.

A pesar de que lo poco apropiado de tal denominación me resultaba incómodo, acepté las normas del Congreso y reuní un gran número de casos acaecidos en Río de Janeiro, la ciudad que me correspondía investigar. Estaba a punto de poner punto final al informe, cuando reparé en que uno de los casos destacaba por encima de todos los demás.

Se trataba también de un crimen perfecto. Sin embargo, su «perfección» no se debía a la inviabilidad material de conseguir las pruebas, sino a la imposibilidad lógica de admitir su resolución. No me gustaba la idea de incluir ese tipo de material en un texto burocrático.

La reunión en Londres fue complicada. Además de tratarse de una ciudad que quedaba fuera de la zona tropical, no me esperaba que los lugareños fueran tan exóticos; no alcanzaban a entender conceptos como los de azar o desorden: eran ponderados, comedidos y puntuales y no reaccionaban bien ante las emociones espontáneas. Abandoné al fin el Congreso sin mi puesto de trabajo, pero sin entregar mis notas.

Basándome en ellas escribí esta novela, a la que obviamente apliqué la fórmula policiaca. Sin embargo, también podría leerse como una historia de aventuras, una «búsqueda

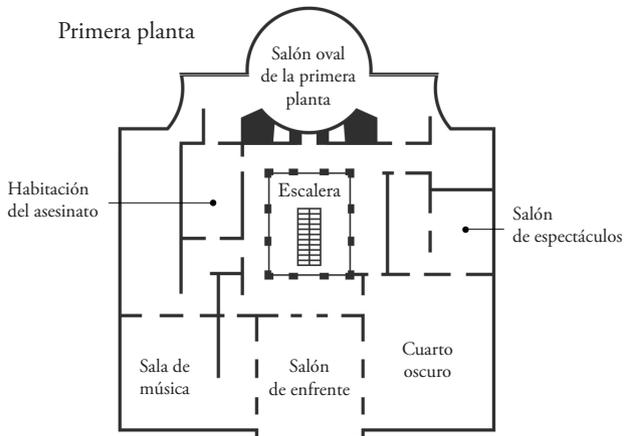
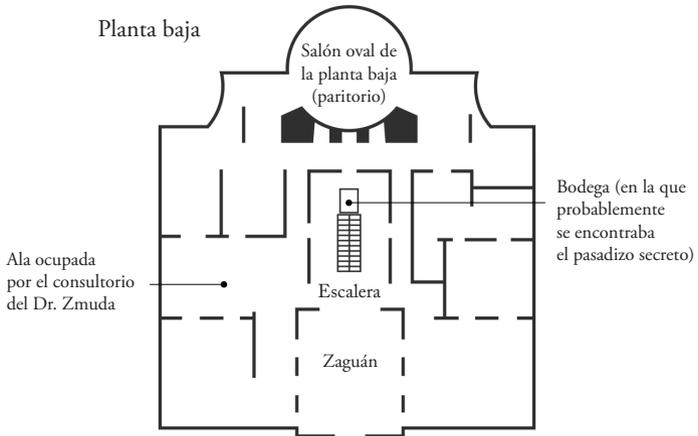
del tesoro» con numerosas escenas de duelo, ambición y venganza. Por esta razón se parece más a Dumas que a Melville o a Conrad, lo que delata la vocación francesa de la ciudad.

Otros la leerán como si se tratara de un paseo tanto en el tiempo como en el espacio de Río de Janeiro, ya que no es posible comprender o interpretar un crimen más que en su propio escenario.

Y puesto que lo que define a las ciudades son sus crímenes, esta historia es, además, el mito de Río de Janeiro. Su mito fundacional, aunque al margen de la cronología. Hoy me doy cuenta de que el concepto de ciudad es independiente de la noción de tiempo.

Muchos opinarán que me adentro una vez más por los senderos del género fantástico. Rechazo tal hipótesis. Esta es una historia real, autobiográfica, a pesar de parecer ficticia. Porque la literatura ha de ser, para resultar mínimamente interesante, diferente de la vida.

La Casa de los Trueques, antigua residencia de la marquesa de Santos. San Cristóbal (Río de Janeiro)



*Preguntaron entonces a Tiresias;
y el adivino dijo: si el placer
se dividiera en diez partes,
nueve corresponderían a la mujer.*

*Interrogaron después al profeta;
y Mahoma dijo: si el placer
se dividiera en cien partes,
noventa y nueve corresponderían a la mujer.*

EL CRIMEN DEL QUE FUE VÍCTIMA el Secretario de la Presidencia de la República durante el mandato de Hermes da Fonseca tuvo lugar en el viejo barrio imperial de San Cristóbal, en la antigua rua do Imperador (hoy avenida Pedro Segundo), donde se erigía la legendaria mansión conocida como la Casa de los Trueques.

La Casa de los Trueques, en la que residió la marquesa de Santos y que más tarde pasó a ser propiedad del barón de Mauá, fue a parar, en última instancia, a manos del médico polaco Miroslav Zmuda, polémico defensor del aborto y de la esterilización femenina, que tomó posesión de la vivienda en 1906.

Este fabuloso palacete también fue sede del Ministerio de Sanidad y del Museo del Cuarto Centenario, y hoy alberga el

Museo del Primer Reinado. El día en que da comienzo nuestra historia, un viernes 13 de junio de 1913, parecía que funcionaba en la Casa la imponente clínica del polaco.

He dicho que parecía que funcionaba. Me he quedado corto; realmente funcionaba en la casa, por las mañanas, el consultorio clínico del doctor Zmuda, situado en el ala izquierda de la planta baja y que estaba provisto de un paritorio al que apenas se daba uso. Pero oculto tras aquella fachada coexistía también un magnífico prostíbulo cuyos misterios permanecían confinados en el piso superior.

El prostíbulo del doctor Zmuda fue el establecimiento más singular dentro de su género en la historia de la ciudad. Y es que no se trataba simplemente de un lugar en el que los hombres alquilaran prostitutas, sino que las mujeres también podían pagar a cambio de obtener atenciones masculinas. De hecho, cualquier acuerdo, combinación o permuta estaban permitidos.

Y no siempre era cuestión solo de prostitución; a la Casa también acudían amantes gratuitos, espontáneos (y la tarifa por encubrirlos se contaba entre las más caras). Incluso había quien buscaba amores aleatorios, quien entablaba relaciones con desconocidos, entregándose así a intimidades colectivas, a noches de orgía o a fiestas exclusivas para parejas. Y por eso, debido a esta última particularidad, la Casa terminó siendo, para estas personas, la Casa de los Trueques.

Si no hubiera sido porque la frecuentaba gente importante, porque hacía gala de una absoluta discreción, porque la protegían las autoridades y, sobre todo, porque sus parroquianos la adoraban, la clínica del doctor Zmuda no habría resistido el inesperado golpe que supuso la muerte del Secretario presidencial en sus dependencias. Todos los testigos se mostraron casi siempre firmemente convencidos al señalar a una única sospechosa: la prostituta conocida como Fortunata.

Era ella quien había estado con el Secretario en la habitación. Se trataba de una de las «enfermeras» (así se las denominaba en la Casa), una de las meretrices fijas con cartera de clientes. Durante el día se había comportado con normalidad; atendió a dos caballeros antes que a la víctima y, cuando recibió al Secretario, a las cuatro, lo acomodó inmediatamente en una de las habitaciones y bajó unos minutos después a por unas copas y vino tinto.

Nadie se extrañó cuando, cerca de la hora del Ángelus, Fortunata se presentó con prisas en la sala oval del piso de arriba, donde solían descansar las enfermeras. Dijo que iba con retraso e incluso rechazó de malas maneras una copa con licor de anacardo antes de salir por la puerta principal.

Solo dos horas más tarde, cuando se consideró que el Secretario llevaba más tiempo de la cuenta descansando, fueron a llamar a su puerta. Por suerte, la enfermera que descubrió el crimen se abstuvo de gritar.

Las muñecas y los tobillos del cadáver estaban fuertemente atados a los barrotes de hierro de la cama de tal forma que, según el examen pericial, la víctima no habría podido liberarse sin ayuda. En el cuello aún podía apreciarse la profunda marca de los dedos del asesino. El informe forense, que se mantuvo bajo secreto, confirmó que la causa de la muerte había sido el estrangulamiento, aunque la fuerza empleada excedía la normal en una mujer.

No parecía que faltara ningún objeto de valor: ni el anillo de oro con un vistoso rubí, ni el reloj de bolsillo con su larga cadena, también de oro, ni el camafeo de marfil engastado en el prendedor de corbata, amén de once mil reales en efectivo, hecho este que eliminó inmediatamente la hipótesis del robo.

Una circunstancia que provocó gran turbación fue que el Secretario de la Presidencia se hallaba amordazado y tenía los ojos vendados con una gruesa tira de paño negro. Además, había en el suelo, cerca de la cama, un látigo con empuñadura de plata, lo cual explicaba las profundas laceraciones que presentaba el cadáver en las piernas y en la zona del pubis.

Según una antigua leyenda, la Casa de los Trueques, que fue especialmente reformada para convertirse en residencia de la

marquesa de Santos, estaba comunicada mediante galerías subterráneas con la Quinta da Boa Vista y con otras casas de calles cercanas, a las que don Pedro podía acudir sin levantar sospechas.

Una de las ironías de la ciudad es esta: que, en un edificio provisto de pasadizos secretos, los criminales salgan por la puerta principal, como lo hizo Fortunata. Algo así nunca ocurriría en Londres, en Bagdad o en Buenos Aires, por poner solo tres ejemplos.

Mientras las autoridades intentaban ocultar el escándalo, una ingente cantidad de policías peinaba las calles de San Cristóbal y de los barrios vecinos en busca de una mujer llamada Fortunata (de quien tenían una escueta descripción), cuidándose mucho de no relacionarla con ningún homicidio.

La policía tenía la esperanza de que la fugitiva no hubiera ido muy lejos y estuviera escondida en casa de algún amigo o amante. Aun así, varios grupos de guardias civiles y de agentes del cuerpo de seguridad pública se dirigieron rápidamente al muelle y a las estaciones de tren con el objeto de intentar evitar la posible huida de la asesina.

Fortunata tenía una habitación alquilada en el Morro da Conceição, en casa de una profesora de costura. La señora, que se llevó un gran susto cuando la policía fue a registrar los aposentos de su inquilina, declaró que aquel día no la

había visto y suponía que estaría de guardia en el hospital del polaco. Decía lo que ella creía ser la verdad, puesto que los objetos personales de la presunta asesina seguían allí.

El registro tanto de las calles como de la habitación resultó infructuoso. El fracaso de tales diligencias comenzaba a ser un problema para los mandos de la Policía, que contaban con atrapar a la fugitiva en solo unas horas, de modo que la presión sobre los agentes aumentó. Hasta que un incidente fortuito, ocurrido poco después de la medianoche en Gamboa, hizo cambiar el rumbo de la investigación.

Un policía refirió que estaba bajando por una de las laderas del Morro da Favela, rodeando el Cementerio de los Ingleses, cuando vio al fondo un bulto, quizás un profanador de tumbas, que, tras atar una cuerda a un árbol de camboatá que extendía sus ramas hacia la calle, intentaba saltar por encima del muro al exterior.

El agente no tocó el silbato; no quiso alertar a sus compañeros porque no estaba seguro de que los fantasmas no existieran. Sin embargo, le pareció que el hombre (o lo que quiera que fuese) retrocedía al notar su presencia. Aquello le bastó para envalentonarse y, asiendo la misma cuerda por la que el bulto había intentado descender, escaló el muro y penetró en el cementerio.

En aquel lúgubre escenario, cuajado de árboles cuyas copas sumergían todo en las tinieblas, buscó el osado policía

el rastro del profanador. Y, para su desesperación, en efecto vio pasar un espectro por debajo del lugar en que se encontraba la capilla. Consiguió, entre aterrorizado y arrepentido, darle el alto. Amenazó además con acercarse. Fue entonces cuanto el ente que se movía por entre las sombras traicionó su auténtica naturaleza al intentar huir de nuevo, deslizándose por detrás de una lápida.

El valor de los depredadores aumenta de forma directamente proporcional al temor que exhibe su presa. Con el policía no fue diferente, y este se lanzó tras lo que solo podía ser un ladrón de tumbas.

No se produjo una pelea en sentido estricto. Instantes después, el agente tenía prisionero a un viejo vestido con ropas muy sencillas y que tenía un gran saco sujeto a una correa de cuero que podía llevarse en bandolera.

—He venido a ocuparme de un trabajito. Es asunto mío. No me pregunte por cuenta de quién.

En la comisaría de plaza Mauá, sede del primer distrito (cuya jurisdicción incluía la zona del puerto, así como la parte norte del centro de la ciudad, desde el antiguo muelle dos Mineiros al canal do Mangue, a la altura de playa Formosa), encontraron entre las pertenencias del viejo extraños objetos; había conchas, piedras, herrajes de pequeño tamaño, astillas de madera, trozos de *pemba*,¹ velas de sebo, hojas

1. Tiza utilizada en los rituales religiosos afrobrasileños.

maceradas, frasquitos con brebajes desconocidos y cartuchos de *fundanga*,² amén de otros contenidos. También hallaron una botella de cachaza y fragmentos óseos animales.

Sin embargo, lo que sorprendió a las autoridades fueron los objetos de oro: un par de pendientes en forma de caballitos de mar. El comisario de guardia, al que le habían proporcionado previamente una descripción de Fortunata (mujer morena, alta, de casi metro setenta, ataviada con un vestido de tafetán azul turquesa y pendientes de oro en forma de caballitos de mar), llegó a la conclusión de que aquello no podía tratarse de una mera coincidencia, de que momentos antes esos pendientes estaban prendidos en las orejas de la mujer a la que buscaban.

—Son el pago por mis servicios.

En la policía conocían al viejo. Respondía al nombre de Rufino y tenía fama de ser un gran hechicero. Era un antiguo personaje de la ciudad y vivía en lo alto de Santa Teresa, en una zona apartada en la que solo había media docena de casitas, en la linde del bosque; sin embargo, se le veía a menudo en los alrededores de la iglesia del Rosario, en la Pedra da Sal, en la plaza da Lapa y en la cuesta da Misericórdia, donde incluso los ricos, que acudían a él en busca de plegarias, pócimas o amuletos, podían localizarlo. Rara vez recibía a sus clientes en lo alto de la colina, salvo en casos graves de

2. Pólvora utilizada en los rituales religiosos afrobrasileños.

manipulaciones que hubiese de llevar a cabo en el propio cuerpo del paciente.

Se decía que tenía más de cien años y que era dueño de un inmenso tesoro que estaba enterrado, aunque pocos daban crédito a tales leyendas. En realidad, se le temía y se le respetaba porque su poder radicaba en que no era capaz de mentir y, de hecho, nunca lo hacía.

Sin embargo, el comisario era un hombre escéptico. Quiso saber cuándo y dónde había obtenido Rufino los pendientes de la fugitiva a la que buscaban por orden directa del jefe de Policía.

—El oro me lo dio un hombre.

Lo que sorprendió al comisario no fue la respuesta, sino la solemnidad y el respeto que apreció en la reacción de sus subordinados.

—Créale, jefe. El viejo nunca miente.

Rufino reveló entonces que el dueño de los pendientes era el hombre a quien prestaba sus servicios, por lo que se había visto obligado a entrar en el cementerio, y que este hombre acudiría a su casa, en lo alto de Santa Teresa, en un plazo de catorce días para consumir el sortilegio.

Tras dudar unos instantes, el comisario mandó que lo arrestaran hasta que sus superiores, a los que ordenó que les comunicaran lo sucedido, se pronunciaran al respecto. Confiscó, además, los pendientes como prueba material de un

posible delito relacionado con el caso de Fortunata, aunque ni siquiera sabía por qué la buscaban.

El hechicero protestó y dijo que aquello era un robo. Antes de que lo llevaran a la celda, los guardias lo condujeron con el máximo respeto, hasta el extremo de pedirle disculpas. Rufino se encaró con el comisario:

—Si alguna vez necesita ayuda, señor, no venga a buscarme.

El viejo no tenía pelos en la lengua.

Curiosamente, el día después del homicidio, los obituarios informaron del fallecimiento del Secretario de la Presidencia de la República, víctima de un repentino ataque cardíaco.

Nada se dijo del asesinato ni del incidente en el Cementerio de los Ingleses. Tampoco se mencionaron los registros policiales en el Morro da Conceição o el nombre de Fortunata. Solo una gaceta que fue algo más perspicaz publicó una breve nota en la que podían leerse cosas como «extraña muerte», «circunstancias desconocidas» o «silencio de las autoridades». Pese a ello, no se suscitaron más sospechas.

Al tratarse de una historia policiaca, es importante que el lector sepa con exactitud cómo ocurrieron las cosas. Vol-

vamos pues a la noche del crimen para conocer la cronología detallada de los hechos y comprender cómo hicieron posible ocultar una tragedia tan escandalosa.

Lo cierto es que, al tener amigos poderosos, el papel del doctor Zmuda fue decisivo a la hora de encubrir lo sucedido. Lo primero que hizo, una vez que hubo constatado la ausencia de pulso y de respiración de la víctima, fue ordenar que nadie tocara nada. Dispuso también que aquella misma noche no se admitieran más clientes y que todas las enfermeras permanecieran en la sala oval hasta nueva orden.

Por suerte, era viernes, día de poco movimiento. El polaco se despidió de los dos últimos clientes, que nada sospecharon, y poco después de las ocho y media llamó por teléfono al jefe de Policía.

Desde 1907, la Jefatura de Policía de Río de Janeiro dependía directamente del Ministerio de Justicia, que nombraba a su jefe. Por debajo de este había tres comisarios principales, a los que sucedían en orden decreciente, y jerarquizados según clase e instancia, los comisarios y los inspectores, además, claro está, de los agentes propiamente dichos.

Es posible que el jefe de Policía contase con el respaldo del ministro, ya que algunas decisiones han de ser inmediatas; consideró que se trataba de un crimen de carácter político, prohibió que se iniciara una investigación en el distrito de San Cristóbal, lugar de los hechos, y se hizo cargo del

caso, personándose en la Casa de los Trueques antes de las nueve y cuarto.

Una vez allí, cuando le refirieron un sucinto relato del incidente y hubo tomado nota de la descripción de la sospechosa, ordenó por teléfono que emprendieran su búsqueda, la cual comenzó a las nueve y media.

El jefe de Policía tenía el tiempo en su contra, ya que no podía demorarse demasiado en informar a la familia. Sin embargo, no quería que los familiares vieran el cuerpo en aquel estado, antes de que pudiera disimular las marcas de la agresión, especialmente las del cuello.

Por otro lado, era preciso examinar la escena del crimen, aunque fuera de manera sumaria. A fin de cuentas, cabía la posibilidad de que las causas del homicidio resultaran oscuras y gravísimas en sus implicaciones políticas. Con aquel montón de ideas confusas llenándole en la cabeza, le preguntó al médico:

—Dígame una cosa, Zmuda; ¿quiénes son los agentes de Policía que vienen por aquí?

El polaco nunca facilitaba esa clase de información y se resistió todo lo que pudo a responder. Sin embargo, en aquellas circunstancias no podía hacerlo sin comprometerse a sí mismo. Contestó finalmente que, además de muchos que acudían de vez en cuando, eran clientes habituales los comisarios de Lapa, Botafogo, Gávea, Tijuca, Santa Teresa,

Mem de Sá, Madureira, Meier y plaza da Bandeira; también un inspector de Vila Isabel que jugaba al *bicho*,³ dos de los comisarios principales y un perito en dactiloscopia.

Algunas coincidencias son de gran ayuda para los novelistas, y resultó que el jefe de Policía conocía a aquel perito. Es más, apreciaba hasta tal punto el carácter ambicioso y la aguda inteligencia de su subordinado, que lo había nombrado jefe del servicio de identificación criminal.

Así que, en cuanto se inició la búsqueda de Fortunata, el jefe de Policía ordenó que ese importante personaje, que tendrá un papel destacado en estas páginas, se presentara inmediatamente en la Casa de los Trueques. Y a él, a dicho personaje, le encargó el jefe de Policía la investigación del caso, para que la condujera de una manera estrictamente confidencial.

Mientras el perito trabajaba en el escenario del crimen, el jefe de Policía no tuvo dificultad alguna en convencer al doctor Zmuda para que falseara la causa de la muerte al certificar la defunción, puesto que no se trataba del primer delito que este cometía. Como confiaba (con el aval del médico y de la encargada) en que las enfermeras no se atreverían a cometer ninguna indiscreción, pudo construir su versión final de lo ocurrido: el Secretario, al salir de una reunión secreta con altos mandos del Gobierno, se sintió

3. Juego de apuestas similar a la lotería.

repentinamente indispuerto mientras circulaba por San Cristóbal en un coche de alquiler, y le pidió al conductor que lo llevara a la residencia del doctor Zmuda, pues era la clínica más cercana que se le pasaría por la cabeza en aquellas circunstancias a cualquiera que se encontrara en la zona. El polaco intentó tratarlo de urgencia, pero el paciente no resistió.

Esa fue la historia que le contaron a la viuda, a los hijos, al resto de los familiares y a la prensa. Cuando el cuerpo llegó al velatorio, en el Palacio do Catete, hacia las cuatro de la madrugada, ya lo habían preparado y vestía un elegante *fardão*⁴ de cuello alto. Nadie, por tanto, vio las pruebas del crimen.

La casa de la marquesa, amante de don Pedro, no es el único edificio de la ciudad del que se cuentan historias sobre pasadizos secretos. De hecho, en los casos más conocidos están implicadas dos de las más antiguas órdenes religiosas de Río de Janeiro: la de San Benito, que se encuentra en el *morro* o colina del mismo nombre, y la de los jesuitas, que erigieron un convento en el *morro* do Castelo.

Los benedictinos fueron acusados en repetidas ocasiones de fomentar el contrabando a través de un túnel secreto

4. Vestimenta de los miembros de la Academia Brasileira de Letras.